

EL MAESTRO DE ESCUELA DOMINICAL: UN MAYORDOMO

Volumen 1 – Sermón No. 192

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA TARDE DEL MARTES 4 DE MAYO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE BLOOMSBURY.**

***“Da cuenta de tu mayordomía”
Lucas 16:2***

Hemos escuchado muchas veces en nuestras vidas que todos somos mayordomos del Dios Todopoderoso. Sostenemos como una verdad solemne de nuestra religión que el rico es responsable del uso que hace de su riqueza. El hombre talentoso debe dar cuenta a Dios del interés que obtiene por sus talentos. Cada uno de nosotros, en proporción a nuestro tiempo y oportunidades, debe dar cuenta de sí mismo ante Dios Todopoderoso. Pero, mis queridos hermanos y hermanas, nuestra responsabilidad es aún más profunda y mayor que la de otros hombres. Tenemos la responsabilidad ordinaria que recae sobre todos los profesantes de la religión, de dar cuenta de todo lo que tenemos a Dios. Pero además de esto, ustedes y yo tenemos las extraordinarias responsabilidades de nuestra posición oficial, ustedes, como maestros de Cristo en sus clases, y otros de nosotros como predicadores de Él ante la gran congregación.

La primera responsabilidad es demasiado pesada para que cualquier hombre la cumpla. Aparte de la gracia Divina, no es posible que ningún hombre use todo lo que Dios le ha dado como para ser finalmente aceptado con un: “Bien hecho, buen siervo y fiel”. Sin embargo, incluso si eso fuera posible, seguiría siendo una completa imposibilidad para nosotros soportar plenamente el terrible peso de la responsabilidad que descansa sobre nosotros, como maestros de la Palabra de Dios para nuestros compañeros inmortales. Sobre nuestros cuellos hay dos yugos, la gracia soberana puede hacerlos ligeros y fáciles, pero aparte de eso, irritarán nuestros hombros, porque son, por sí mismos, demasiado pesados para que los soportemos.

La responsabilidad común es como el látigo de Salomón, pero la responsabilidad extraordinaria derivada de la posición oficial, cuando no se tenga en cuenta, será como el escorpión de Roboam, su dedo meñique será más grueso que los lomos de su padre. ¡Ay del centinela que no les advierte! ¡Ay del ministro que no enseña la Verdad! ¡Ay del maestro de

escuela dominical que es infiel a su encargo!

Ahora, tratemos de incitarnos unos a otros sobre este asunto de suma importancia. Oraréis por mí mientras predico, para que pueda decir algunas cosas que puedan hacer bien a todos los presentes, y trabajaré para que Dios, en respuesta a vuestras oraciones, me dé palabras y pensamientos que sean de bendición para vosotros.

Ahora, primero, déjame mostrarte el significado de ser mayordomos, entonces consideremos qué tipo de cuenta tendremos que dar, y, por último, notemos los días de ajuste de cuentas en los que DEBEMOS hacer la cuenta, y los días de ajuste de cuentas en los que DEBEMOS entregar la cuenta.

Primero, entonces, **EL MAYORDOMO - ¿QUÉ ES ÉL?** En primer lugar, el mayordomo es un sirviente. Es uno de los más grandes de los servidores, pero él es sólo un sirviente. Tal vez sea el alguacil de una granja y parezca, a todos los efectos, como un granjero del campo que cabalga sobre la propiedad de su amo y tiene muchos hombres debajo de él. Sin embargo, él es solo un sirviente, está bajo autoridad, él es solo un mayordomo. Tal vez sea mayordomo en la casa de algún caballero, que lo emplea para que se ocupe de todo su establecimiento, a fin de que pueda estar libre de preocupaciones en esa capacidad. Él mismo es un amo, pero aun así es un sirviente, porque tiene uno sobre él.

Que sea tan orgulloso como quiera, tiene poco de qué enorgullecerse, porque el rango que tiene en la vida es el rango de un sirviente. Ahora, el ministro y el maestro de la escuela dominical se destacan especialmente en el rango de sirvientes. Ninguno de nosotros somos nuestros propios maestros. ¡No somos caballeros independientes que podemos hacer lo que nos plazca! Nuestras clases no son nuestras propias granjas que podemos cultivar a nuestra manera y descuidar si queremos. No son tales que podamos producir ninguna cosecha, o ninguna en absoluto, a nuestra propia discreción. No, no somos nada mejor que mayordomos y debemos trabajar para nuestro Maestro en el Cielo. Qué extraño es ver a un ministro o a un maestro dándose aires finos, como si fuera alguien en el mundo y pudiera hacer lo que quisiera. ¿No es una anomalía?

¿Cómo va a hablar de los sacrificios que hace cuando sólo gasta la propiedad de su amo? ¿Cómo va a jactarse del tiempo que gasta cuando su tiempo no es suyo? Es todo de su Maestro. Es un siervo y, por tanto, haga lo que haga, sólo cumple el deber por el que es bien recompensado. No tiene por qué enorgullecerse ni enseñorearse de los demás, pues cualquiera que sea su poder entre ellos, él mismo no es ni más ni menos que un siervo. Que cada uno de nosotros trate de recordar eso, "Solo soy un sirviente".

Si un superintendente pone a una maestra en una clase que no le gusta, recordará que es

una sirvienta. Ella no permite que sus sirvientes en casa se levanten y digan que no van a lavar los platos, sino que solo atenderán las mesas. Son sirvientes y deben hacer lo que se les dice. Y si sintiéramos que somos siervos, no deberíamos objetar hacer lo que se nos dice por causa de Cristo, aunque no lo haríamos por mandato de los hombres, sin embargo, por amor de Cristo lo hacemos como para el Señor.

No suponemos que nuestros sirvientes vendrán a nosotros de noche y esperarán que les digamos: "Hoy habéis hecho muy bien vuestro trabajo". No imaginamos que buscarán elogios constantes, son sirvientes y cuando reciben su salario, es su alabanza por su trabajo. Pueden juzgar que valen su dinero, o de lo contrario no deberíamos conservarlos. Cuando hagas tu trabajo para Jesús, recuerda que solo eres un siervo. No esperes tener siempre ese aliento, por el que algunas personas lloran constantemente.

Si recibe aliento de su pastor o de otros maestros o de sus amigos, esté agradecido. Pero si no lo hace, continúe con su trabajo a pesar de todo. Eres siervo y cuando recibes tu recompensa, que es de gracia y no de deuda, entonces tendrás las más altas alabanzas que se te puedan dar, los aplausos de tu Señor y la eternidad con Aquel de quien eres, y a quien deseas servir.

Pero, aun así, mientras el mayordomo es un sirviente, es un honorable. No conviene que los demás sirvientes de la casa le digan que es un sirviente. No soportará eso, lo sabe y lo siente. Desea actuar y trabajar como tal, pero al mismo tiempo es un servidor honrado. Ahora bien, los que sirven a Cristo en el oficio de enseñar, son hombres y mujeres honorables. Recuerdo haber escuchado una discusión muy indecorosa entre dos personas sobre si el ministro no era superior al maestro de la escuela dominical. Me recordó esa charla de los discípulos, sobre quién de ellos era el más grande.

Vamos, todos nosotros somos "los más pequeños", si nos sentimos bien, y aunque cada uno de nosotros debe exaltar su oficio como Dios nos lo ha dado, sin embargo, no veo en ninguna parte de la Biblia nada que me lleve a creer que el oficio de predicador es más honroso que el de maestro. Me parece que cada maestro de escuela dominical tiene derecho a poner "Reverendo" antes de su nombre tanto como yo, o si no, si cumple con su confianza, ciertamente es un "Muy Honorable". Enseña a su congregación y predica a su clase, puedo predicar a más y él a menos, pero aun así él está haciendo el mismo trabajo, aunque en una esfera más pequeña.

Estoy seguro de que puedo simpatizar con el Sr. Carey, cuando dijo de su hijo Félix, quien dejó la obra misional para convertirse en embajador, "Félix se ha convertido en un embajador", queriendo decir que una vez fue una gran persona como misionero, pero que después aceptó un oficio comparativamente insignificante. Así que creo que podemos decir del maestro de la

escuela dominical, si deja su trabajo porque no puede atenderlo debido a su amplio negocio, se convierte en un rico comerciante. Si abandona su enseñanza porque encuentra que hay mucho más que hacer, se convierte en algo menos de lo que era antes.

Hay una excepción, si se ve obligado a dejar de atender a su propia familia, y convierte a esa familia en su clase de escuela dominical. No hay tonterías allí, se para en la misma posición que antes. Digo que los que enseñan, los que buscan arrancar almas como tizones del fuego, deben ser considerados como personas honradas, en segundo lugar, después de Aquel de quien recibieron su comisión. Pero, aun así, en un dulce sentido, levantados para llegar a ser compañeros de Él, porque Él los llama Sus hermanos y Sus amigos. "El siervo no sabe lo que hace su Señor, pero Yo os he llamado Amigos, porque todas las cosas que he oído de Mi Padre os las he dado a conocer".

Sólo un pensamiento más aquí. El mayordomo es también un sirviente que tiene una gran responsabilidad asociada a su puesto. Un sentido de la responsabilidad siempre le parece a un hombre correcto algo de peso. Hacer una cosa en la que no hay ninguna responsabilidad involucrada es un asunto muy pequeño y, por lo tanto, encontramos en los asuntos ordinarios que el trabajo que no implica confianza está mal pagado, pero donde se deposita una gran cantidad de confianza, el trabajo se paga en proporción. Ahora el trabajo del maestro de escuela dominical es uno de los de mayor responsabilidad del mundo. A veces me ha asombrado pensar en lo mucho que Dios confía en ti y en mí.

Recuerdas la historia del hijo pródigo. Este encuentra un colega en cada uno de nosotros, que después de un largo vagar en el pecado hemos vuelto a Jesús. A veces pienso que un padre prudente, cuando el pródigo fue restituido a su casa, podría recibirlo en su corazón, estrecharlo contra su pecho y darle una parte de todas sus riquezas, pero sería muy lento para confiar en él en cualquier asunto de responsabilidad. El próximo día de mercado, los viejos caballeros decían: "Ahora, John, te amo con todo mi corazón, pero sabes que una vez te escapaste y te gastaste la vida desenfrenadamente. Debo enviar a tu hermano mayor al mercado. No puedo confiarte mi bolso, te amo. Te he perdonado totalmente, pero al mismo tiempo todavía no puedo confiar en ti".

¿Por qué Dios no nos lo dice a nosotros? En lugar de eso, cuando Él toma a los pródigos pobres en Su corazón, Él nos confía Sus joyas más preciosas, Él nos confía almas inmortales. Él nos permite ser el medio para buscar a Su oveja perdida y luego nos permite alimentar a los corderos después de que sean reunidos. Él pone al hijo pródigo en la posición más importante y tiene confianza en él. Entonces, mis hermanos y hermanas, viendo que Él ha tenido la gracia de depositar su confianza en personas tan indignas, ¿le engañaremos? ¡Oh, no! Trabajemos fervientemente como mayordomos para que cada parte del patrimonio que se nos ha confiado se encuentre en buen orden cuando venga nuestro Maestro.

Que cada jota y tilde de nuestra cuenta, se halle correcta cuando Él la resuma en el gran día de la auditoría ante Su Trono.

Nuestro encargo es muy, muy solemne. Algunos piensan poco en ello, algunos se lo toman muy a la ligera. Los jóvenes vertiginosos son atraídos a la escuela y no se vuelven más sobrios por su conexión con ella. Que tales se aparten de nosotros. No queremos a nadie más que a los que están sobrios, a nadie más que a los que sopesan solemnemente lo que están haciendo. Queremos a los que emprenden la obra como un asunto de vida o muerte, no como un asunto trivial que concierne a los intereses del tiempo, sino como algo terriblemente solemne que ni siquiera un ángel sería capaz de realizar, a menos que tuviera la abundante ayuda de Dios el Espíritu Santo. Por lo tanto, me he esforzado muy simplemente por exponer la idea expresada en la palabra "mayordomía". Somos servidores muy honrados, muy responsables y de mucha confianza.

2. Y ahora, LA CUENTA: "Dad cuenta de vuestra mayordomía". Pensemos brevemente en esto: dar cuenta de nuestra mayordomía.

Notemos primero que cuando vengamos a dar cuenta de nuestra mayordomía ante Dios, esa cuenta debe ser dada personalmente, por cada uno de nosotros. Mientras estamos aquí, hablamos en masa, pero cuando nos presentemos ante Dios, tendremos que hablar como individuos. Oyes a personas que se jactan de "nuestra escuela dominical". Muchas personas son lo suficientemente malvadas como para llamar a la escuela dominical "su escuela", cuando nunca la ven en un año. Dicen: "Espero que nuestra escuela esté prosperando", cuando nunca aportan ni medio centavo, cuando nunca les dan una palabra de aliento a los maestros, ni siquiera una sonrisa, y no saben cuántos niños hay en la escuela.

Sin embargo, lo llaman suyo. ¡Ladrones que son, apropiándose de lo que no les pertenece! Pero nosotros, en nuestra medida, cometemos el mismo error. Como ministerio, a menudo hablamos de las obras del "cuerpo" y de las maravillas que ha hecho la "denominación". Ahora, recordemos, cuando nos presentemos ante Dios, no se nos juzgará en las denominaciones, no se tratará con nosotros en las Escuelas Dominicales y en las iglesias. La cuenta debe ser dada por cada uno por sí mismo. Entonces, tú que tienes la clase infantil, tendrás que dar tu propia cuenta, pero el otro día estabas encontrando fallas en la conducta de la clase superior, luego fuiste condenado a mirarte a ti mismo. La conciencia te lo dijo.

Pero al final, cuando tengáis que comparecer ante Dios, no tendréis que dar cuenta de la clase mayor, sino de la clase infantil que os ha sido encomendada. Y tú, hermana mía, has sido maestra siete u ocho años, debes dar cuenta por ti misma, no por esa otra maestra de otra clase de la que tantas veces te has jactado, porque ella ha sido el medio de traer seis o siete

hijos a Cristo recientemente.

Recuerda, sus seis, no se pondrán con tus, ninguno, para que el total al final del año parezca respetable, sino que allí quedará tu gran vacío al final de tus labores y quedará la marca oscura por tu negligencia, por tu impuntualidad, por tu descuido en tu clase, sin el alivio del lado positivo del éxito del maestro diligente. Debéis ser juzgados cada uno de vosotros por vosotros mismos, no en grupos, sino uno por uno. Esto hace que sea un trabajo terrible que se mire a un hombre completamente solo.

He conocido a personas que no podían soportar estar de pie en un púlpito. El mismo hecho de tantos ojos mirándolos parecía tan horrible, pero, ¿cómo será cuando debemos levantarnos y escuchar nuestros corazones estudiados por el ojo de Dios que todo lo escudriña? ¿Cuándo se publicará antes que el sol toda nuestra carrera en los oficios que ahora ocupamos y eso, lo repito, sin la descarga del éxito de otros, sin ningún añadido a nuestros trabajos derivado de la diligencia de otros maestros?

Vamos, señor mayordomo, ¿cuál es su cuenta? Esa no, señor, esa no: su cuenta. "Señor, he traído la cuenta de los libros de la escuela dominical". "No, no es eso, ¿la cuenta de tu propia clase?" "Bueno, mi Maestro, he traído la cuenta de la clase de los últimos veinticinco años, mostrando cuántos se convirtieron". "No, eso no. El relato de tu propia clase mientras eras su maestro". "Bueno, he traído el relato de la clase durante el tiempo que fui maestro con Fulano de Tal". "No, eso no. El relato de la clase mientras usted era el maestro solo de ella, el relato de cómo enseñaba lo que enseñaba, cómo oraba, con qué fervor trabajaba, con qué diligencia estudiaba y qué buscaba hacer para Cristo".

No los logros del otro maestro que te ayudó en otra parte del deber, sino solo tu propia cuenta personal debe ser presentada ante Dios. "Da cuenta de tu mayordomía". Visto así, ¿qué cuentas darán algunos de ustedes en el último y gran día? Solo déjame detenerme un minuto para estimular tus recuerdos. ¿Qué tipo de cuenta será? Confío en que muchos de los presentes puedan decir humildemente en sus corazones: "He hecho muy poco, pero lo hice con sinceridad y en oración. ¡Que Dios lo acepte por medio de Jesucristo!"

Pero me temo que hay algunos otros que, si son fieles a sus conciencias, dirán: "He hecho muy poco. Tuve ese pequeño descuido, lo hice sin oración, lo hice sin la ayuda del Espíritu Santo". Entonces, mi hermano y mi hermana, espero que agreguen después de eso: "Oh, Dios mío, perdóname y ayúdame desde esta buena hora, a ser diligente en esta tarea divina ferviente en mi espíritu sirviendo al Señor". ¡Y que Dios te bendiga en esa oración! No haces ninguna resolución, pero ofreces una oración que es mucho mejor, y que seáis oídos en el Cielo, la morada de Dios.

Y tenga en cuenta nuevamente que, si bien esta cuenta debe ser personal, debe ser exacta. Cuando presente su cuenta ante Dios, no presentará el total bruto, sino cada artículo por separado. Cuando deis cuenta de vuestra mayordomía, será así. Tuviste tantos hijos. ¿Qué le dijiste a este niño y a este y a este y al otro? ¿Con qué frecuencia oraste por ese niño con su temperamento amargo? ¿Por ese niño con su obstinación inquebrantable? ¿Por ese niño con su vivacidad y su dulce cariño? ¿Por ese niño, ese malhumorado? ¿Por ese niño, el testarudo, vicioso que había aprendido todos los males de la calle y parecía manchar a los demás?

¿Qué hiciste para cada uno de estos? ¿Cómo habéis trabajado por la conversión de cada uno? Y para hacer el relato aún más particular será así, ¿Qué hiciste por cada niño en cada día de reposo? Oíste a un niño pronunciar una mala palabra, ¿lo reprendiste? ¿Viste a otro niño oprimir a un pequeño, liberaste al pequeño de su mano y lo reprendiste y enseñaste a ambos niños a amarse el uno al otro? ¿Te diste cuenta de las locuras de cada uno y te esforzaste por comprender el temperamento de cada uno para adaptar tu discurso o tu oración a cada uno? ¿Sufristeis dolores de parto por la conversión de cada uno?

¿Agonizaste en oración con Dios y luego agonizaste en exhortación con ellos, rogándoles que se reconciliaran con Cristo? Creo que el relato será mucho más minucioso que esto, cuando Dios venga a probar nuestros corazones y riendas, así como nuestras obras y caminos. Mi pobre forma de expresarlo, no hace más que oscurecer la verdad que busco presentar, pero, sin embargo, así será, se dará una cuenta especial y exacta. Y luego se dará cuenta de cada oportunidad, no solo de cada niño, sino de cada oportunidad de hacer el bien al niño.

¿Aprovechó aquella tarde en que el niño estaba en un estado de singular solemnidad porque su hermanito yacía muerto en casa? ¿Buscaste enviar los dardos a casa cuando la Providencia había hecho una herida en su pequeño corazón porque había perdido a su querida madre? ¿Tratasteis de sacar provecho de cada acontecimiento que ocurría en la escuela, fuera gozoso o al revés? Dios te dio la oportunidad y al final te preguntará qué hiciste con ella. Muchos de nosotros haremos una cuenta lamentable, porque hemos descuidado mucho de lo que deberíamos haber hecho. Y la confesión general debe ser nuestra como maestros: "Hemos hecho las cosas que no debimos haber hecho y hemos dejado de hacer las cosas que debimos haber hecho".

Y luego recuerda, la cuenta será exacta en cuanto a todo lo que hicimos. No sólo se nos examinará en cuanto a cómo nos dirigimos a la escuela. Puede que hayamos tenido dones peculiares para eso y puede que lo hayamos hecho bien. Será, "¿Cómo te dirigiste a tu propia clase?" y no solo eso, sino, "¿Cómo estudiaste las lecciones?" Si no tuviste tiempo, no se te exigirá que hagas lo que no pudiste hacer, pero si tuviste mucho tiempo libre, ¿cómo lo

gastaste? ¿Fue por tus hijos, por el bien de tu Maestro, para que pudieras encontrar flechas pulidas para disparar desde tu arco, para que Dios te bendiga, dándote la fuerza para enviarlas al corazón?

Y entonces, ¿qué hiciste en lo secreto? ¿Estuviste frío y descuidado allí? ¿Tus hijos fueron olvidados, o los trajiste en tu corazón y en tus brazos y con lágrimas y gritos los encomendaste a Cristo? Ah, maestros de escuela dominical, vuestro secreto será descubierto un día y el contenido de vuestros aposentos secretos será publicado antes que el sol. ¡Oh tú, cuyos secretos llenos de telarañas testifican contra ti! Oh, tú contra quien exclama la viga que sale de la pared porque allí no se ha oído tu voz, contra quien el mismo suelo podría dar testimonio, porque nunca ha sentido el peso de tus rodillas, ¿cómo resistirás esta prueba escrutadora? ¿Cómo soportaréis este día de quema, cuando Dios os probará en todo lo que hicisteis y en todo lo que no hicisteis que debisteis haber hecho, en conexión con el trabajo de enseñar a tus hijos? La cuenta debe ser exacta y precisa, así como personal. No me detendré para extenderme sobre eso. Tu propia conciencia y juicio pueden profundizarlo en casa.

Ahora, recuerda, una vez más, que la cuenta debe estar completa. No se le permitirá omitir algo, no se le permitirá agregar nada. Tal vez a algunos de ustedes les gustaría comenzar mañana o el próximo día de reposo y tachar el pasado. No, maestro de escuela dominical, cuando Dios dice: "Da cuenta de tu mayordomía", tendrás que comenzar con el día en que fuiste maestro por primera vez. ¡Ay, ¡Dios mío, cuántos hay que profesan predicar la Palabra, que bien podrían rogar que sea sepultado en el olvido muchos años de su ministerio! ¡Ah, que algunos de nosotros no caigamos de rodillas y digamos: "¡Señor, permíteme dar cuenta de mis años diligentes, no de mis años ociosos!"

Pero debemos comenzar con nuestra ordenación. Debemos terminar con nuestra muerte y tú debes comenzar con la primera hora cuando te sentaste en tu clase. Y debes terminar cuando la vida termine y no hasta entonces. ¿No pone esto un aspecto muy solemne en su cuenta, algunos de ustedes? Siempre estás diciendo: "Mañana estaré mejor". ¿Eso borrará el ayer? "Debo ser más diligente en el futuro". ¿Redimirá eso las oportunidades perdidas que se han ido en los años pasados? No, si ha holgazaneado durante mucho tiempo y se ha demorado mucho, descubrirá que la carrera más dura de hoy no compensará la holgazanería de ayer.

Ha habido algunos hombres que, después de pasar muchos años en el pecado, han sido doblemente diligentes para Cristo después, pero siempre han sentido que solo han hecho el trabajo del día en el día y se lamentaron por esos años que la langosta se había comido, como pasados sin memoria. ¡Oh, atrapen los momentos mientras vuelan, maestros de escuela dominical! Usa los días como vienen. No hables de compensar la maldad de la primera parte del relato, con el carácter brillante de la conclusión, no puedes hacerlo.

Debes dar cuenta de cada día por separado, de cada año por separado. Y haz lo que puedas para recuperar tus pérdidas, las pérdidas aún están en el libro y el Maestro dirá, al final, "¿Cómo llegaron estos aquí?" Y, aunque todas están cubiertas con la Gracia Soberana, si crees en Cristo Jesús, no desearías tener más manchas por eso. Porque Cristo te ha lavado, no deseas ensuciarte, porque Él ha expiado, no deseas cometer pecado. No, vivan, hermanos míos, como deben vivir los maestros de escuela dominical. Vive como si tu propia salvación dependiera del rigor con el que cumples con tu deber. Y, sin embargo, recuerde que tu salvación no depende de eso, sino de tu interés personal en el Pacto Eterno y en la sangre que prevalece sobre todo del Señor Jesucristo.

3. Y ahora, aunque hay muchas otras cosas que podría decir, temo que pueda cansarlos. Por lo tanto, permítanme señalar algunas ocasiones en las que será **BIEN** que todos ustedes den cuenta de su mayordomía. Y luego observen cuándo **DEBEN** dar cuenta de ello.

Sabes que hay un proverbio que dice que "cuentas claras, amistades largas", y es un proverbio muy cierto. Un hombre siempre estará en amistad con su conciencia, en tanto haga buenas cuentas con ella. Era una buena regla de los antiguos puritanos, la de hacer franca y completa confesión de pecado cada noche. No dejaron que el pecado de una semana fuera confesado el sábado por la noche o el día de reposo por la mañana. Recordaron los fracasos, las imperfecciones y los errores de cada día, para poder aprender de un día de fracaso cómo lograr la victoria al día siguiente. Se lavaron diariamente de sus pecados, sabiendo que podían conservar la pureza y la blancura de sus vestiduras. Hermanos y hermanas, hagan lo mismo, hagan cuentas concisas.

Y os irá bien cada día de reposo por la tarde, o en cualquier otro tiempo, si así os parece bien, hacer cuentas de lo que hacéis en el día de reposo. No digo esto para que te animes a felicitarte farisaicamente por lo que has hecho bien. Si haces tus cuentas correctamente, nunca tendrás muchos motivos para felicitarte a ti mismo, pero siempre tendrás motivos para lamentarte por haber cumplido tan mal con tu deber, en comparación con lo que deberías haber hecho.

Cuando termine el día de reposo, y hayas estado dos veces en la casa de Dios para dar tu clase, simplemente siéntate y trata de recordar cuáles fueron los puntos en los que fallaste. Tal vez exhibiste un temperamento apresurado, le hablaste a un chico demasiado brusco cuando estaba un poco rebelde, quizás fuiste demasiado complaciente, viste el pecado cometido y debiste haberlo reprendido y no lo hiciste. Si descubres tu propia falla, eso es la mitad del camino hacia la cura. El próximo día de reposo puedes intentar arreglarlo.

Luego hay tiempos que la Providencia pone en vuestro camino que serán tiempos

excelentes para hacer cuentas. Por ejemplo, cada vez que un niño o una niña sale de la escuela, se les brinda la oportunidad de pensar: "Bueno, ¿cómo me manejé con Betsy? ¿Cómo traté a John? ¿Le di a William tal enseñanza que lo ayudará en su vida futura a mantener la integridad en medio de la tentación y preservar la rectitud cuando esté sujeto a peligros inminentes? ¿Cómo le enseñé a la niña? ¿Le enseñé de tal manera que conocerá su deber cuando vaya al mundo? ¿Me esforcé con todas mis fuerzas para llevarla al pie de la Cruz?"

Hay muchas preguntas solemnes que puedes hacer con respecto al niño. Y cuando te reúnas con alguno de ellos cuando sea mayor, encontrarás que es un momento muy apropiado para dar cuenta de tu mayordomía a tu conciencia, al ver si realmente hiciste con esa persona, cuando era niño, como podrías haber deseado.

Luego, hay un momento peculiar para dar cuentas cuando muere un niño. ¡Ah, qué multitud de pensamientos se amontonan alrededor del lecho de un niño moribundo a quien hemos enseñado! Después del padre y la madre, creo que el maestro de la escuela dominical se interesará más por el moribundo. Recordarás: "Allí yace marchitando la flor que mi mano ha regado. Hay un alma inmortal a punto de atravesar los portales de la eternidad, a quien he enseñado. ¡Oh Dios, le he enseñado la Verdad a este niño moribundo, o lo he engañado! ¿He tratado fielmente con él? ¿Le he hablado de su ruina? ¿Le he expuesto cómo cayó en Adán y depravado en sí mismo? ¿Le he hablado de la gran redención de Cristo? ¿Le he mostrado la necesidad de la regeneración y la obra del Espíritu Santo? ¿O lo he entretenido con cuentos sobre las partes históricas de la Biblia y piezas de moralidad y retenido los asuntos más importantes de la Ley?"

¿Puedo poner mi mano en su mano moribunda y en silencio elevar mi corazón al Cielo, puedo decir: "Oh Dios, tú sabes que estoy limpio de su sangre"? Ah, eso es algo que molesta al ministro a menudo, cuando recuerda que alguien de su congregación se está muriendo. Cuando a veces estoy junto al lecho de muerte de cualquiera de los impíos en mi congregación, me trae muchos pensamientos llenos de lágrimas. ¿He sido tan serio como debería haber sido? ¿Le grité a este hombre: "Escapa por tu vida, no mires detrás de ti, no te quedes en toda la llanura, huye a las montañas"?

¿Oré por él, lloré por él, le dije su pecado, le prediqué a Cristo con sencillez, franqueza, audacia? ¿No hubo una ocasión en que usé la ligereza cuando debería haber sido solemne? ¿No habrá habido una temporada en la que dije algo por error, que pudo haber sido una almohada para la sisa de su conciencia sobre la cual podría descansar? ¿No he ayudado a allanar su camino al Infierno, en lugar de poner obstáculos en su camino y cadenas en su camino para que pueda ser sacado de él y llevado a buscar al Salvador?

Ah, sabiendo que la salvación es toda por gracia, que ninguno de nosotros se imagine libre

de la sangre de las almas a menos que les advirtamos con diligencia, a menos que prediquemos con fidelidad. Porque esta misma Biblia que me dice que Cristo verá el fruto de la aflicción de Su alma y quedará satisfecho, me dice que, si no les advierto, su sangre, si perecen, será requerida de mi mano.

Pero ahora, Maestro, déjame decirte una ocasión en la que debes dar cuenta. Puedes posponer todas estas temporadas si lo deseas, puedes vivir tan descuidadamente como quieras, pero si tienes una partícula de corazón en ti, tendrás que dar cuenta cuando estés enfermo y no puedas ir a tu clase. Si vale la pena tener tu conciencia, lo que no ocurre con la conciencia de algunas personas, porque está muerta y cauterizada, si tu conciencia está despierta, cuando no puedas trabajar, comenzarás a pensar cómo lo hiciste.

Deberías leer las cartas de ese hombre santo Rutherford. Si alguna vez hubo un hombre que predicó el Evangelio con dulzura y con la unción divina, creo que debe haber sido él. Y, sin embargo, cuando estuvo encerrado en Aberdeen y no pudo salir a su muy amado rebaño, dijo: "Ah, si el Señor me permite salir a predicar de nuevo, nunca seré tan aburrido como antes estaba acostumbrado a ser. Predicaré con lágrimas en los ojos, para que el pueblo sea consolado y los pecadores convertidos". Tal vez cuando esté enfermo en su dormitorio, la pequeña Jane venga a verlo y le diga: "Espero que pronto se recupere, maestra". O William, o Thomas llama y pregunta por ti todos los domingos por la tarde, le pide al sirviente que te dé su amor y espera que el maestro regrese pronto.

Entonces es el momento en que sé que estarás seguro de dar tu cuenta. Dirás: "Ah, cuando regrese a mi clase, no les enseñaré como solía hacerlo. Estudiaré más mi lección, oraré más. No seré tan temperamental o tan pronto con ellos como probablemente lo sería. Soportaré sus malos modales. ¡Ah, si mi Maestro me diere, como Ezequías, otros quince años de trabajo y me diere más gracia, me esforzaré por ser mejor!". Se asegurará de dar sus cuentas cuando se enferme.

Pero si no lo haces entonces, te diré cuándo debes hacerlo, esto será cuando vengas a la muerte. Qué cosa tan terrible debe ser un predicador infiel en un lecho de muerte. (¡Oh, que me salve de eso!) Estar sobre la cama cuando la vida se acaba. ¡Haber tenido grandes oportunidades, congregaciones poderosas y haber sido tan diligentes en otra cosa, como para haber descuidado la predicación del Evangelio completo y gratuito de nuestro Señor Jesucristo! Me parece que mientras me muero en mi cama, debería ver espectros y cosas siniestras en la habitación. Uno vendría y me miraría y diría: "Ah, te estás muriendo. Recuerda cuántas veces me senté al frente de la galería y te escuché, pero nunca me dijiste que escapara de la ira venidera, me estabas hablando de algo que no entendía. Pero el simple asunto del Evangelio nunca me predicaste y morí en la duda y el temblor, y ahora vienes a mí al Infierno que he heredado porque me fuiste infiel".

Y cuando en nuestra era gris y moribunda veamos las generaciones que han crecido alrededor de nuestros púlpitos, pensaremos en todos ellos. Pensaremos en la época en que, siendo jóvenes, empezamos a predicar. Recordaremos a los jóvenes que entonces se agolparon, a los hombres y luego a las cabezas con canas que fallecieron. Y creo que a medida que avanzan en una sombría procesión, cada uno de ellos dejará una nueva maldición sobre nuestra conciencia porque fuimos infieles. El lecho de muerte de un hombre que ha asesinado a sus semejantes, de algún tirano sombrío que ha soltado los sabuesos de la guerra sobre la humanidad, debe ser algo terrible.

Cuando el soldado y la viuda del soldado, y el hombre de paz asesinado se levanten ante él. Cuando el humo de los países devastados parece soplar en sus ojos y hacerlos adoloridos y enrojecidos. Cuando la sangre de los hombres pende sobre su conciencia como un gran paño mortuorio rojo. Cuando el sangriento asesinato, el sombrío chambelán, corre cortinas rojas alrededor de su cama, cuando comienza a acercarse al último extremo donde el asesino debe heredar su lúgubre destino, debe ser un momento terrible. Pero, creo, haber asesinado almas debe ser aún más horrible, haber distribuido veneno a los niños en lugar de pan, haberles dado piedras cuando nos pidieron comida adecuada, haberles enseñado el error cuando deberíamos haberles enseñado la Verdad, como es en Jesús, o haberles hablado con fría indiferencia cuando se necesitaba fervor. ¡Oh, cómo tus hijos parecen maldecirte, cuando yaces allí y has sido infiel a tu cargo! Sí, tendrás que cancelar tu cuenta entonces.

Pero déjame decirte que toda tu esperanza debe estar puesta en Jesús, y ese debe ser el consuelo de tu vida y de tu muerte. Y será muy dulce cuando vengáis a morir, vosotros que habéis tenido éxito en ganar almas para Cristo. Ah, eso traerá un poco de vida a la mejilla de la maestra tuberculosa que muere joven, cuando le recuerdes que hubo una niña que, un año antes de enfermar, le besó la mano y le dijo: "Adiós, maestra", nos encontraremos en el Cielo. ¿No recuerdas, Maestra, ¿contándome la historia de Jesús en la Cruz y llevándome a casa un domingo por la tarde y poniendo tus brazos alrededor de mi cuello y arrodillándote y orando para que Dios me bendiga? Oh mi Maestra, eso me trajo a Jesús".

Sí, Maestro, cuando estés acostado en tu cama, pálido y tísico, recordarás que hay uno allá arriba al lado de tu Salvador que te recibirá en moradas eternas, ese espíritu joven que te ha precedido, que por medio tuyo fue emancipado de la maldad y la esclavitud de un mundo pecaminoso. ¡Feliz el maestro que tiene la esperanza de encontrarse con todo un grupo de tales en el Cielo! Tal pensamiento a menudo me alegra. Que el mundo diga lo que quiera, sé que cuando muera habrá muchos espíritus que pensarán en mí en años posteriores como el hombre que le predicó el Evangelio. Muchos borrachos traídos a Jesús y muchas ramerías recuperadas, por la gracia de Dios.

Y al maestro debe ser lo mismo pensar que cuando aletee y ascienda desde este valle inferior de la tierra al Cielo, verá un espíritu brillante que baja a su encuentro y oirá al Espíritu decir:

"Espíritu hermano, ven".

Y cuando abra los ojos, verá que el canto salió de los labios de uno a quien había sido bendecido como medio de conversión. Felices vosotros que seréis recibidos a las puertas del Paraíso, por vuestros hijos e hijas espirituales, y que tendréis además de la bienvenida de vuestro Maestro, la bienvenida de aquellos que Él os ha dado para ser joyas de vuestra corona de gloria por los siglos de los siglos.

Ahora para concluir. Todos debemos dar cuenta a Dios en el Día del Juicio. Eso es lo que hace que la muerte sea tan terrible. ¡Oh, Muerte, si fueras todo, qué fueras sino un pellizco y todo se acabará! Pero después de la Muerte es el Juicio. Este es el aguijón del dragón para los impíos. El último gran día ha llegado, se abren los libros, se reúnen hombres, mujeres y niños. Han venido muchos y unos de derecha y otros de izquierda, ya han escuchado la sentencia. Ahora es tu turno. ¡Maestro! ¿Qué cuenta vas a rendir? En primer lugar, ¿estás tú mismo en Cristo? ¿O has enseñado a otros lo que tú mismo no sabías?

¿Tengo alguno así aquí? Sin duda, tengo, por desgracia, hay muchos de estos en nuestras escuelas. Oh, amigo mío, qué dirás cuando el Maestro, abriendo el libro, te pregunte: "¿Qué tenías que hacer para declarar mis estatutos?" ¿Lo mirarás y dirás: "Señor, yo enseñé en Tus escuelas y Tú has comido y bebido en nuestras calles"? Si lo dices, Él dirá: "En verdad, nunca te conocí, apártate de mí, maldito".

Entonces, ¿qué tenéis que decir con respecto a vuestras escuelas? Porque, aunque nuestro estado al fin se establecerá realmente de acuerdo con nuestro interés en Cristo, seréis juzgados por vuestras obras, como evidencias. La Escritura siempre dice que seremos juzgados según nuestras obras. Bueno, entonces, el libro está abierto. Algunos de ustedes escuchan que se lee su propio nombre y escuchan esa breve oración: "Por cuanto has sido fiel en lo poco, sobre mucho te pondré, ¡entra en el gozo de tu Señor!" ¡Oh, cielo de los cielos! ¿Y es ésta la recompensa del pequeño trabajo de enseñar a unos cuantos niños? ¡Oh, Maestro, ¡Tú das lingotes de oro por nuestros granos de polvo, nuestros fragmentos de servicio Tú recompensas con coronas y reinos!

Pero Él se dirige a otros, y a algunos de ustedes les dice: “En cuanto no lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, no lo hicisteis a mí. Apartaos de Mí al fuego eterno en el Infierno, preparado para el diablo y sus ángeles”. ¿Cuál de estos dos se me dirá? ¿Cuál de estos dos se os dirá? “¡Oh, como a los ojos de Dios te encargo por Aquel que es el Juez de vivos y muertos, por la rapidez de las ruedas de Su carro que ahora lo traen aquí, por la solemnidad de Su terrible tribunal, por esa sentencia que nunca será revertida, juzguen ustedes mismos, porque entonces no serán juzgados!

Da cuenta de tu mayordomía a tu conciencia y a tu Dios. Confiesa tus pecados, busca Su ayuda y comienza desde esta hora, por Su Espíritu Santo, a emprender Su obra de nuevo. Y que estés delante de Su rostro, vestido con la justicia de tu Redentor y lavado en Su sangre. Aunque no te jactes en tus obras, puedes ser aceptado en Él y tus obras seguirán cuando te levantes de tus labores, y estarás entre los bienaventurados que mueren en el Señor.

EstudiaLaPalabra.org